

Julián Marías, en el recuerdo

JUAN DEL AGUA *

L

legué a Julián Marías, supongo como otros muchos en los años finales de 1950, a través de Ortega. En un libro de texto del último año del bachiller vi escrito, por primera vez el nombre “Ortega y Gasset”, y como el profesor me dijo que “Ortega no es un filósofo sistemático ni profundo”, me fui derecho a una librería y compré *La rebelión de las masas* y *Notas en la edición de la “Colección Austral”*. No puedo decir que a mis 16 años

entendiera correctamente todo lo que leía, pero el efecto que su prosa hizo en mí iba a resultar duradero. Retorné pronto a la librería para comprar otras obras sueltas de Ortega, que la “Colección El Arquero” de la *Revista de Occidente* editaba con pasta amarilla. Al poco tiempo de leer a Ortega, fui descubriendo por mi cuenta y riesgo a los miembros de la generación del 98, cuya prosa e ideas fueron cultivando mi sensibilidad y cincelandando mis inquietudes todavía un poco confusas de la adolescencia. Algunos meses después fueron apareciendo las “Obras inéditas” de Ortega y, en la librería, al mismo nivel de la estantería en que se encontraban, topé por vez primera con el nombre de Julián Marías en el lomo de dos gruesos volúmenes titulados, *Historia de la Filosofía* e *Introducción a la Filosofía*, en los que se hablaba muy positivamente de aquél. Los compré. Su lectura no me pareció excesivamente difícil, pero sentía que todavía me quedaba mucho camino por recorrer para tomar posesión de la significación y del alcance de lo que había leído. Sin embargo, ello no era obstáculo para que fuera percibiendo que todas aquellas prosas —la de Ortega, las de los escritores del 98, la de Marías— que tantos ecos despertaban en mi alma, encerraban algo decisivo cuyo sentido último me parecía esencial.

En 1960 apareció el libro de Julián Marías, Ortega. *Circunstancia y vocación*. Al acabar su lectura entendí por fin que todos aquellos escritos constituían una diversidad de puntos de vista, de proposiciones y de ideas acerca de un

* Filósofo.

proyecto informal, pero no menos real, en que varias generaciones de escritores e intelectuales venían colaborando —y discrepando— sobre la manera de restaurar y renovar la realidad cultural y espiritual de España. Este proyecto, que poseía cierta articulación, culminaba en una filosofía que pretendía justificarlo y darle una fuerte coherencia y trabazón racional. Con este libro sobre Ortega empecé a descubrir también que Marías no era sólo el continuador del pensamiento orteguiano, al que pedía se le completara “consigo mismo”, el que él iba a llevar más allá en muchos aspectos y facetas sólo incoados en el pensamiento del maestro, sino que su obra significaba, además, un extraordinario esfuerzo para sintetizar de forma clara, articulada y pensada desde la racionalidad filosófica, los diversos aportes de las generaciones anteriores a la suya a la solución del gigantesco empeño de ofrecer a la sociedad española los instrumentos necesarios —métodos, ideas, valores morales y estéticos, etc.— para volver a poner a España en pie, o, si se prefiere, para acabar, al menos, con la atonía de su trayectoria histórica desde comienzos del siglo XIX. Porque tampoco hay que hacer tan larga la famosa “decadencia española”. De esta faceta del pensamiento de Marías, España inteligible es la obra más importante y representativa.

Continué leyendo a Marías y, al acabar mi carrera de Filosofía y Letras en Toulouse, hice una tesina, “L’itinéraire philosophique de Julián Marías”, cuya exclusiva pretensión era establecer la perspectiva desde la que había, según mi opinión, que considerar su obra, y poner un poco de orden para mi uso personal en la ya entonces superabundante bibliografía de sus escritos. Porque Julián Marías, además de la vocación de filósofo, ha tenido una no menor vocación de escritor, y siempre se sentía feliz escribiendo un “artículo más”, como él mismo decía. Y ha sido, en efecto, un escritor formidable, uno de los más excelsos prosistas del mundo hispánico de la segunda mitad del siglo XX. No en valde afirmaba que el pensamiento sólo llega a su plenitud en una adecuada expresión literaria, “la calidad de página” de que tantas veces hablara.

Cuando vino con su mujer, Lolita, a dar unas conferencias en Toulouse, en febrero de 1972, le conocí personalmente y, desde entonces, mantuve una amistad, entrañable para mí, hasta el final de su vida. En verano de ese mismo año, mi mujer y yo le volvimos a ver en los Cursos de Verano de Soria que había organizado con la Casa de Cultura de esa ciudad, cursos a los que asistí asiduamente hasta que la muerte de Lolita, sobrevenida la víspera de la Navidad de 1977, le impidiera continuar ocupándose de ellos. Muerte dolorosamente sentida por todos los que la conocían, ya que era dechado de bondad y de lucidez engastado en una rara modestia. En Soria conocí a muchos miembros de la generación de Marías y de la anterior, nutrido grupo de profesores y de intelectuales, que constituían lo más granado de la intelectualidad española que compartía con don Julián un idéntico ideal para el futuro de España. ¡Cuántas horas de tertulia pasadas en la vieja ciudad castellana con algunos de ellos, y los Marías y su hijo Fernando, rodeados de sus amigos sorianos, que muy pronto lo fueron de todos los asistentes a ella! En invierno solíamos ir unos días a Madrid, para verles y charlar interminablemente, pues la disponibilidad y la generosidad de Marías para con sus amigos era ilimitada, y para mí fuente permanente de asombro, dadas las innumerables ocupaciones a las que debía atender. ¿Qué puedo decir de don

Julián tras tantos años de trato cercano? ¿Me ha permitido éste entender mejor su obra? Sobre la significación de ésta, que es lo importante para el futuro, quisiera decir unas palabras.

Además de una decidida vocación intelectual, cuyo origen manaba sin duda de su precoz deseo de vivir en la verdad, la otra raíz, no menos importante, de la obra de Marías se halla en su acendrado patriotismo y en su afán por ver encarrilada por camino certero la gran reforma cultural española iniciada en el último tercio del siglo XIX de que he hablado anteriormente. Ahora bien, ésta no podía llevarse a cabo más que justificando cada paso y con “una visión responsable” de la totalidad de la empresa y de la realidad histórica de España. De ahí los desarrollos metodológicos y los análisis filosóficos en el dominio de la realidad colectiva (estructura empírica de la vida social, teoría de las generaciones, proyecto histórico constitutivo de cada nación), en el de la vida personal (estructura empírica de la vida humana), en el de las relaciones personales —la amistad y el amor—, del necesario cultivo y educación de los sentimientos, de las exigencias morales de la vida y de la articulación de éstas con el horizonte de las postrimerías y la religión positiva, que se encuentran en sus libros. A estos escritos teóricos hay que añadir los no menos importantes acerca de la realidad concreta de España (sobre su literatura, su paisaje, sus ciudades, su arte). Sin olvidar la realidad del tiempo presente, espacio vital donde se articulan los dos polos opuestos de toda perspectiva histórica: el futuro y el pasado. Sus artículos de cine y sobre la política y la realidad social de su tiempo son una mina de sugerencias y de visiones certeras acerca de la vida contemporánea, y de reflexiones sobre los medios indispensables para vivir colectivamente de la manera más civilizada y fecunda posible, pues la instauración de las condiciones precisas para el restablecimiento de una concordia duradera entre los españoles fue siempre una de sus preocupaciones más constantes.

Todo este trabajo de pensamiento estrictamente filosófico estaba sostenido por dos “presupuestos”, que, a mi parecer, son dos elementos esenciales de su biografía. El primero es que la totalidad de la obra de Marías se encuentra enmarcada por un testimonio explícito de fe cristiana. En su primer escrito, una memoria acerca del crucero en el que participó por el Mediterráneo, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid de la que era estudiante, pide a Dios que le otorgue la gracia de vivir una vida cristiana. En el último, el prólogo puesto a La fuerza de la razón, considera ésta como reflejo del Logos divino, demanda y afirmación que implican la consideración de la acción real de la Gracia en la vida del hombre. A este respecto, uno de los libros más importantes de Marías es La perspectiva cristiana, obra que resulta imprescindible a la hora de sintetizar y valorar el conjunto de su obra. El otro ingrediente que hay que tener en cuenta es la función que la “experiencia de la vida”, según él, tiene en la génesis de la razón vital, en su filosofía. En un viejo ensayo publicado en un libro colectivo sobre el tema, en 1964, Marías definía la experiencia de la vida como “la matriz de la razón vital”, y en Razón de la Filosofía vuelve a insistir sobre la necesidad de haber hecho alguna “experiencia radical de la vida” para acceder a la metafísica (en otro lugar de esta misma obra dice que no sólo se piensa con la razón, “sino con la vida entera”), afirmaciones cuya importancia no es fácil exagerar, pues permiten una

visión de la historia de la filosofía como una unidad articulada en numerosas inflexiones, pero sin rupturas radicales ni rechazo de ningún aporte. En cuanto al método de la “razón vital”, ha dejado escrito en el “prólogo” a *La España posible* en tiempos de Carlos III: “El método de investigación que me parece más fecundo no es una mera construcción especulativa: su propia realidad metódica sólo se desarrolla y perfecciona al intentar aprehender, efectivamente, lo concreto y empírico. Quiero decir que es menester el manejo inmediato de las realidades para que este método termine de construirse y alcance su madurez y su plena eficacia.” La realidad se encuentra, pues, a la base de cualquier aspecto del pensamiento de Marías.

De ahí que éste posea una dimensión contemplativa —“habérselas con la realidad sin domesticar”—, esto es, con lo que es primariamente real, por debajo de la pantalla “ocultadora” de las diversas interpretaciones del mundo, y del mundo de la técnica en el que vive el hombre actual. Todos estos elementos biográficos o pre-filosóficos, pero de los que la filosofía sensu stricto tiene que dar razón, han hecho que su pensamiento haya abierto perspectivas nuevas que será preciso ir explorando y contrastando con la circunstancia del presente y, sobre todo, de los años venideros. Es decir, habrá que repensarlas y “ponerlas a prueba” ante una realidad inédita para verificar su pertinencia y su fecundidad. Pero esta fase decisiva, deberá verse precedida por un estudio riguroso de la que fue circunstancia histórica de Marías, circunstancia no sólo española, sino occidental, sobre la que la historiografía europea de los últimos decenios ha abierto algunas perspectivas nuevas de no escaso interés.

He dicho dos palabras acerca de su obra. Diré una sola de su persona, pues, salvo en el dominio inasequible de la más honda intimidad personal, Julián Marías se expresó casi entero en sus escritos y en su amistad. Poseía una idea y una vivencia muy hondas del verbo amar. Derrochaba tiempo e intimidad con sus amigos. La palabra que mejor le califica como persona es que era un hombre bueno. Fue maestro, por tanto, de pensamiento y de vida. A su contacto se sentía la ineludible necesidad de tirar la vida propia hacia lo alto; y una gratitud profunda y perdurable pour su genio y su figura.